

EL REINO DE LA NOCHE

LOS SUEÑOS QUE SON SÓLO SUEÑOS

Eso es el Amor, que tu espíritu viva en santidad natural con el Amado, y vuestros cuerpos sean un goce suave y natural que nunca perderá su misterio amoroso... Y que no exista la vergüenza, y que todas las cosas sean lo más y limpias, por efecto de una inmensa comprensión; y que el Hombre sea un Héroe y un Niño ante la Mujer; y que la Mujer sea una Luz Santa del Espíritu, y una Compañera Completa, y al mismo tiempo alegre Posesión para el Hombre... Y esto es el Amor Humano...

... porque esa es la particular gloria del Amor, que es Suavidad y Grandeza con todo, y es fuego que quema toda Pequeñez; de modo que en este mundo todo es haber hallado a la persona Amada, y entonces, muerta la Bajeza, la Alegría y la Caridad danzan por siempre.

I
MIRDATH LA BELLA

«No puedo tocar su rostro,
ni puedo tocar su pelo,
postrado ante sombras vanas
trazas tenues de su gracia;
y su voz canta en el viento
y en los sollozos del alba
y entre las flores nocturnas
y riachuelos mañaneros
y en el mar al caer el sol,
mas en vacío cae mi grito.
.....».

Fue la Alegría del Ocaso la que nos hizo hablar. Me había alejado mucho de casa, caminando como solitario y parando con frecuencia. Vi entonces levantarse las Almenas de la Tarde, y sentí la querida y extraña confluencia de la Oscuridad de todo el mundo en torno a mí.

La última vez que me detuve estaba completamente perdido en la alegría solemne de la Gloria de la Noche que Viene; y tal vez una sonrisa asomó a mi garganta, quedándose allí sola en mitad de la Oscuridad que cubría el mundo. ¡Oh!; mi contento fue contestado desde los árboles que flanqueaban el camino a mi derecha; como si alguien hubiese dicho «¡Y tú también!» en un gozoso entendimiento que me hizo

sonreír de nuevo para mí, levemente. Como si sólo a medias creyese que algún auténtico humano había respondido a mi risa; más bien sería algún Engaño o Espíritu que se amoldaba a mi talante.

Pero habló. Me llamó por mi nombre. Y cuando me acerqué a la vera del camino, para verla de algún modo y averiguar si la conocía, descubrí efectivamente a aquella mujer que por su belleza era conocida en todo el Condado de Kent como Lady Mirdath la Bella; vecina cercana, ya que la hacienda de su Tutor lindaba con la mía.

Y sin embargo nunca la había encontrado antes; por mis frecuentes y largas ausencias; y porque cuando estaba en casa me entregaba al Estudio y al Ejercicio. No tenía de ella más conocimiento que el que me había dado antiguamente el Rumor, y por lo demás estaba yo satisfecho, retenido entre los libros y el Ejercicio. Yo seguía siendo un atleta, nunca hubo hombre tan ágil y fuerte, salvo en algún cuento o en la boca de algún fanfarrón.

Me detuve al instante con el sombrero en la mano; y respondí a su claro saludo tan bien como supe, en tanto atento y admirado iba distinguiendo sus rasgos en la penumbra; el Rumor no había llegado a igualar la belleza de aquella extraña doncella, que ahora bromeaba con un aire tan delicado y me hacía caer en la cuenta de que éramos primos.

Toda su actitud era llana; me llamó simplemente por el mote, se rió y me dio permiso para llamarla Mirdath, ni más ni menos por el momento. Me invitó a cruzar el seto por una brecha disimulada que era un secreto suyo, pues según confesó la utilizaba para salir con su doncella a alguna fiesta, vestidas ambas de aldeanas; aunque me atreví a imaginar que no engañarían a muchos.

Pasé por la brecha y estuve junto a ella. Me había parecido alta cuando la contemplé desde el camino, y lo era, pero yo le pasaba toda la cabeza. Me invitó a pasear con ella hasta su

casa para saludar al Tutor y pedirle disculpas por haberles olvidado durante tanto tiempo; ¿sabéis?, sus ojos brillaban con enfado y gozo cuando me recriminaba tal falta.

De repente perdió la jovialidad, y me hizo seña, con el dedo para que callase, mientras escuchaba algo en el bosque, a nuestra derecha. Yo también oí ruido; sin duda, crujía la hojarasca y pronto se distinguió netamente un ruido de ramas muertas al romperse, interrumpiendo el silencio.

Inmediatamente salieron corriendo del bosque hacia mí tres hombres; les apercibí secamente que parasen o cobrarían; puse la chica a mi espalda con la mano izquierda mientras así fuerte el bastón de caoba para poder usarlo en cualquier momento.

Los tres individuos no respondieron, como no fuese corriendo más rápido hacia mí; vi destellos de navajas; entonces me lancé con presteza al ataque; detrás de mí resonó agudo y suave un silbato de plata; la chica llamaba a sus perros, y tal vez el aviso iba dirigido también a los criados de la casa.

Pero de poco iba a servir una ayuda futura; había que hacer frente al peligro allí mismo y en seguida; y en modo alguno me sabía mal hacer una demostración de fuerza ante mi dulce prima.

Como he dicho, salté hacia delante, y hundí el extremo del bastón en el cuerpo del adversario de la izquierda antes de que él o los demás pudiesen reaccionar; cayó cual hombre muerto. Golpeé muy aprisa la cabeza del otro, y sin duda se la quebré; porque se desplomó; pero al tercero le di con el puño y no necesitó un segundo golpe, fue a reunirse inmediatamente con sus compañeros en el duro suelo. La pelea había terminado sin apenas comenzar, y riendo un poco con justo orgullo observé con disimulo el asombro que traslucía la postura y la mirada de mi dulce prima en la oscuridad del tranquilo atardecer.

Pero no tuvimos respiro, se abalanzaban saltando tres grandes mastines a los que habían dado rienda suelta cuando sonó el silbato; ella tuvo alguna dificultad para mantener a los perros alejados de mí; y también me costó a mí ponerles a vigilar a los tres hombres tumbados en el suelo para que no les dejaran menearse. Y enseguida oímos gente que gritaba, vimos el resplandor de unas linternas, llegaron los criados con porras, no sabían de entrada si emprenderla conmigo o no, lo mismo que les había ocurrido a los perros; pero cuando vieron a los que descansaban en el suelo, supieron mi nombre y me observaron, se mantuvieron a distancia respetuosos; en realidad, quien más me respetaba era mi querida prima, aunque ella no manifestaba intención de mantener ninguna distancia, sino de sentir más fuertemente aún la sintonía que desde el principio se había establecido entre nosotros.

Los criados preguntaron qué debían hacer con los bandidos; se estaban recuperando. Por mi parte, sin embargo, preferí dejar el asunto, lo mismo que algunas monedas de plata, en manos de los criados. Aplicaron justicia muy cabal a los sujetos, pues largo rato después de haberles dejado todavía oíamos sus gritos.

Al llegar a lo alto, a la Sala, mi prima me presentó a su Tutor, Sir Alfred Jarles, un anciano y venerable personaje al que conocía poco más que de vista debido a la vecindad. Ella me alabó, sobremanera, en mi presencia, pero con exquisito tiento. El anciano Tutor me dio las gracias con distinguida cortesía, de modo que en adelante fui un amigo de la casa.

Permanecí allí toda la velada, cenando y saliendo luego, por los alrededores de la casa con Lady Mirdath, que me trataba más amigablemente que nunca antes otra mujer; parecía que me hubiese conocido siempre. Y hay que decir que yo sentía lo mismo por ella, porque de alguna manera era como si cada uno conociese la manera de ser del otro, y dis-

frutábamos comprobando que teníamos tal o cual cosa en común; pero no había sorpresa, salvo la de que una verdad tan agradable hubiese sido descubierta de forma tan natural.

Había una cosa que (yo me daba cuenta) tenía prendida a Lady Mirdath toda aquella noche; y era lo fácil que me lo había hecho con los tres bandidos. Me preguntó francamente si había algo de falso en mi famosa fuerza; y cuando me reí con fresco y natural orgullo, me asió de improviso el brazo para comprobar por sí misma hasta qué punto era fuerte. Y por supuesto lo soltó con mayor rapidez aun y con una pizca de asombro, al ver lo grande y recio que era. Luego paseó junto a mí muy silenciosa, como pensativa; pero en ningún momento se alejaba.

Y lo cierto es que si Lady Mirdath había hallado un extraño placer al descubrir mi fuerza, yo era presa de una admiración y maravilla constantes al comprobar su belleza, que resaltaba sobre todo durante la cena, a la luz de los candelabros.

Pero hubo otras delicias para mí en los días que siguieron; porque fui feliz al ver cómo se complacía ella en el Misterio de la Tarde, y en el Encanto de la Noche, y el Gozo del Alba, y así sucesivamente.

Y una tarde que siempre recordaré, conforme paseábamos por el parque, empezó a decir medio sin pensar que realmente era la noche de los gnomos. Se refrenó inmediatamente, pensando que yo no entendía aquello. Pero en realidad estaba pisando el mismo terreno que a mí me producía enorme gozo interior, y le repliqué con voz tranquila y normal que las Torres del Sueño se elevarían muy alto aquella noche, y sentía en mis huesos que era una noche para descubrir la Tumba del Gigante, o el Árbol con la Gran Cabeza Pintada, o... y el caso es que me detuve de repente; porque ella me asió en aquel momento y su mano temblaba; pero cuando le pregunté qué ocurría me apremió jadean-

te a que siguiera hablando, que siguiera hablando. Y medio consciente le dije que estaba refiriéndome al Jardín de la Luna, que era una antigua y divertida fantasía mía.

El caso es que sólo decir yo esto, Lady Mirdath soltó una exclamación en voz baja, con extraño tono, y me hizo detener para mirarme. Me interrogó apremiadamente, y le respondí con la misma presteza; porque me encontraba presa de gran excitación, y percibía que ella también lo sabía. Me dijo que tenía conocimiento; pero había creído ser la única en el mundo que poseía tal conocimiento de la extraña tierra de sus sueños; para encontrarse luego con que yo también había viajado a aquellos territorios queridos y extraños. La verdad, ¡qué maravilla!, ¡pero qué maravilla!, como repetiría una y otra vez durante largo rato. Y conforme andábamos me dijo de nuevo que no había que extrañarse de que por la tarde se hubiese sentido impelida a llamarme, cuando me vio parado en el camino; aunque en realidad ella había sabido mucho antes que éramos primos, me había visto pasar a caballo con frecuencia y había indagado sobre mí; y tal vez me recriminaba amargamente que no hiciese ningún caso a Lady Mirdath la Bella. Lo cierto es que yo había estado ocupado en otros asuntos aunque hubiese sido muy humano tratar de conocerla antes.

No penséis que no estaba admirado yo de esa maravilla, que los dos tuviésemos un conocimiento fantástico de las mismas materias, habiendo cada uno creído ser el único poseedor del secreto. Sin embargo, cuando le hice nuevas preguntas, resultó que muchas cosas de mis sueños eran ajenas para ella, y de modo parecido mucho de lo para ella familiar no me evocaba a mí recuerdos anteriores. Pero aunque esto era así, y nos apenó un tanto, ocurría que de vez en cuando uno de los dos contaba algo nuevo que el otro también sabía, y terminaba de contarlo, y disfrutando ambos lo indecible.

Podéis imaginarnos paseando y charlando sin parar, de

modo que hora tras hora arraigaba el cálido conocimiento y la suave amistad.

No tengo idea del tiempo que pasó; pero de repente se oyó una algarabía, mezclándose gritos con ladridos, y centelleando las linternas, dejándonos sin saber qué pensar, hasta que de repente, con una risa suave y extraña Lady Mirdath cayó en la cuenta de que habíamos perdido la cuenta del tiempo, y el Tutor, inquieto después de la presencia de los bandidos, había dado orden de buscarnos. Todo este tiempo habíamos estado errando juntos sumidos en el más feliz olvido de todo.

Entonces volvimos hacia la casa, dirigiéndonos hacia donde se veían las luces; pero los perros nos descubrieron antes de llegar; ahora ya me conocían y se pusieron a lamerme con cariño; en un minuto nos habían descubierto los hombres de la casa, y estábamos de vuelta para decirle a Sir Jarles que no había problema alguno.

Así ocurrió nuestro encuentro y así trabamos conocimiento, así empezó mi gran amor por Mirdath la Bella.

Desde aquel día, cada tarde me iba paseando por el tranquilo y campestre camino que conducía desde mi finca a la de Sir Jarles. Y siempre me metía por la brecha del seto; frecuentemente encontraba a Lady Mirdath caminando por aquella parte del bosque; pero siempre con sus enormes mastines a la vera; porque yo le había pedido que lo hiciese por su preciosa seguridad; y ella parecía deseosa de complacerme; aunque al mismo tiempo se mostraba en otras tantas ocasiones maliciosa conmigo; se esforzaba por atormentarme, como si quisiese averiguar hasta dónde aguantaba yo y hasta qué punto podía angustiarme.

Mira, recuerdo que una noche al llegar al punto aquel del seto vi que dos aldeanas salían por allí desde los bosques de Sir Jarles al camino; me saludaron y yo habría seguido hacia arriba como siempre; sólo que cuando pasaron a mi

lado hicieron una reverencia tan graciosa que no era normal en unas rudas cachupinas. De repente me invadió un pensamiento, y me volví a contemplarlas más cabalmente, pensaba que la más alta era Lady Mirdath. Pero no llegaba a estar seguro; cuando pregunté quién era se limitó a sonreír ladinamente y a hacer una nueva reverencia; me tenía perplejo, como se puede suponer; pero mi admiración era suficiente como para, conociendo a Lady Mirdath, seguir a las mujercitas cómo hice.

Ellas apretaron el paso con talante serio, como quien temiese en mí un terrible violador que vagaba solitario por las sombras; y así llegamos al pueblo, donde había un enorme baile, gran luz de antorchas y un violinista; y cerveza en cantidad.

Las dos se metieron a bailar y bailaron con brío; pero sin más pareja de una que la otra, y evitando cuidadosamente los lugares mejor iluminados: en este momento estaba yo convencido de que se trataba de Lady Mirdath y su doncella; de modo que aproveché que habían venido bailando algo más cerca para salirles al paso y pedir galantemente un baile. Malo; la más alta respondió con malicia que estaba prometida e inmediatamente le dio la mano a un granjero grandote que se movía con pesadez; parecía un payaso; y se fueron los dos dando vueltas por la hierba; aunque tuvo su castigo, porque con dificultad conseguía escapar a los pisotones del muy zafio; respiró cuando se acabó el baile.

Ahora sabía seguro que era Mirdath la Bella, a pesar de su plan de disimulo; la oscuridad, el vestido de zorra aldeana y el calzado que estropeaba su paso ligero. Crucé hasta donde estaba y la llamé susurrando su nombre; le supliqué que diese por terminada la travesura, que la acompañaría a casa. Pero me volvió la espalda, dio un taconazo y se fue de nuevo con el mozo; cuando hubo sufrido otro baile con él le propuso que la escoltase un trecho de camino; por supuesto, él no tenía nada que objetar.

Y otro muchacho amigo suyo fue también con ellas; al momento, tan pronto como quedaron fuera de la luz de las antorchas, aquel par de boronos metieron mano a los pechos de las dos aldeanas, sin atender siquiera quién iba con quién. Y Lady Mirdath ya no pudo aguantar más, el temor y el susto repentinos la hicieron gritar, al tiempo que le arrebata al que la cogió tal golpe que la soltó un momento jurando como un energúmeno. El tío se volvió volando sobre ella, y la asió un momento para besarla; ella le rechazaba encarnizadamente, golpeándole sin concierto el rostro con las manos, pero inútilmente, de no estar yo al lado... En ese momento gritó mi nombre; y yo pillé al sujeto y le di un golpe, pero sin hacerle demasiado daño, sólo lo suficiente para que se acordase de mí mucho tiempo; luego le eché a la cuneta. El segundo elemento, una vez hubo oído mi nombre se escabulló de las manos de la exhausta doncella para poner a salvo su vida; la verdad es que mi fuerza era muy conocida en toda esa parte.

Tomé a Mirdath la Bella por los hombros, y la sacudí fuerte, angustiado. Luego, mandé a la doncella que se adelantase, y ella lo hizo al no recibir orden contraria de su señora; de ese modo llegamos hasta el seto, con Lady Mirdath muy silenciosa; aunque andaba cerca de mí, como si encontrase no confesado el placer de mi proximidad. La ayudé a pasar el seto, y luego a subir hacia la casa; le di allí las buenas noches junto a la puerta lateral, de la que tenía la llave. Ella me dijo las buenas noches con voz completamente calma; casi como quien no tiene ninguna prisa en despedirse del otro esa noche.

Sin embargo, cuando la fui a ver por la mañana, estuvo constantemente zahiriéndome; hasta el punto de que estando a solas por la noche, le pregunté por qué no se apeaba nunca de aquella actitud aviesa; porque yo sufría por con-

seguir que me tratase amigablemente; y ella no hacía sino maltratar este deseo mío de amistad. Al oír esto de repente se puso como un brazo de mar; llena de dulzura y profunda comprensión; sin duda se apercibía de que yo necesitaba que me tranquilizase; porque sacó el arpa y se puso a tocarme viejas y queridas melodías de los tiempos de nuestra niñez toda la velada; y pudo mi amor estar sosegado y atento a sus deseos. Me acompañó aquella noche hasta el seto, con los tres mastines de compañía para volver a casa luego. Aunque en realidad yo no me alejé sino que la seguí en silencio hasta verla sana y salva en la casa; no quise dejar que fuese sola por la noche; ella no se dio cuenta, me suponía, volviendo ya por el camino. Mientras andaba ella con sus perros, alguno de éstos se rezagaba conmigo, frotando el hocico contra mí amistosamente; pero yo me lo sacaba de encima silenciosamente; y ella no tenía ni sospecha de mi presencia; porque estuvo todo el camino de vuelta cantando suavemente una canción de amor. Aunque yo no sabía decir si me amaba; me tenía cariño, eso seguro.

Ocurrió que a la mañana siguiente yo fui algo más pronto de lo normal a la brecha del seto, y ¡toma!, ¿quién podría estar allí hablando con Lady Mirdath? Pues había un hombre muy bien trajeado; con pinta de magistrado, cuando me acerqué no hizo ademán de apartarse para dejarme pasar; permaneció quieto y me dirigió una mirada insolente; de modo que lo saqué yo mismo de en medio.

¡Qué había hecho! Lady Mirdath me puso como chupa de dómine, dejándome dolorido y pasmado; en aquel momento decidí que ella no sentía auténtico amor por mí, pues de lo contrario nunca habría arremetido así, dejándome mal delante de un forastero, llamándome maleducado y acusándome de abusar de mi estatura. Podéis imaginar en qué estado se hallaba mi corazón en aquel momento.

Me di cuenta de que había parte de razón en las palabras

de Lady Mirdath; pero con todo el hombrecillo podría haber mostrado mejor disposición; y además Mirdath la Bella no tenía derecho a avergonzarme a mí, su auténtico amigo y primo, delante de un forastero. Pero no me detuve a discutir; saludé con una leve inclinación de cabeza a Lady Mirdath; luego saludé con la cabeza al hombre pidiéndole perdón, porque lo cierto es que era pequeño y débil, y habría sido mejor portarme cortésmente con él, por lo menos de entrada.

Así, habiendo hecho justicia a mi propia honra, di media vuelta y me fui dejándoles que siguiesen disfrutando.

Anduve como cosa de treinta kilómetros antes de volverme a casa; porque no había descanso para mí aquella noche en ninguna parte; o tal vez nunca, porque había quedado perdidamente enamorado de Mirdath la Bella y todo mi espíritu, mi corazón y mi cuerpo eran dolor por la pérdida terrible que de un tajo había sobrevenido.

Durante una larga semana orienté mis paseos en otra dirección; pero al cabo de esa semana tuve que caminar el viejo camino con la esperanza de poder ver aunque fuese de lejos a Mi Lady. Y pude ver lo que a cualquier hombre habría hundido en la desesperación y los celos más arrebatados; al llegar a la brecha encontré a Lady Mirdath paseando justo en la linde del bosque, y junto a ella caminaba el personaje, el magistrado, y ella permitía que el brazo del hombre rodease su talle, como para mostrarme que eran amantes; porque Lady Mirdath no tenía hermanos ni parientes jóvenes.

Sin embargo, cuando Mirdath me vio en el camino, se avergonzó un momento al verse sorprendida; se quitó el brazo de encima, y me saludó con la cabeza, con el color del rostro algo alterado; y yo respondí con otra leve inclinación de cabeza, aun siendo un varón, y pasé de largo, con el corazón agonizante dentro de mí. Cuando continuaba, observé que el brazo de él volvía a asirla; y es posible que me mirasen

alejarme tieso y desesperado; pero comprenderéis que yo no volviese la mirada.

Dejé pasar un mes interminable sin acercarme a aquella brecha; porque el amor era un huracán dentro de mí, y estaba herido en lo más sensible de mi orgullo; hay que decir que Lady Mirdath me había tratado sin sombra de justicia.

Pero durante ese mes, el amor fue dentro de mí como un fermento, produjo lentamente una dulzura y una ternura y una comprensión que no estaban en mí anteriormente; sin duda el Amor y el Dolor moldean el carácter del Hombre.

Y al fin de este tiempo, vi un sendero hacia la Vida; sentía un corazón nuevo, y empecé a dirigir mis pasos hacia la brecha del seto; pero sucedía que Mirdath la Bella nunca aparecía ante mi vista; aunque una tarde pensé que no podía andar lejos, ya que uno de sus mastines salió del bosque y bajó hasta el camino para restregar su hocico contra mí, con tanto cariño como con frecuencia suelen hacer los perros.

Sin embargo, aunque esperé mucho tiempo después de haberse alejado el perro, no conseguí divisar a Mirdath, y tuve que seguir mi camino con un gran peso en el corazón; pero sin amargura, gracias a la comprensión que había empezado a anidar en mi corazón.

Y pasaron dos semanas descansando y en soledad, en que fui enfermando de ansia de saber de la bella chica. El hecho fue que al paso de ese tiempo tomé una decisión: iría a la brecha, y pasaría a los territorios de aquella finca hasta llegar a la Sala, y tal vez así lograría verla.

Esta decisión la tomé una noche. Y salí enseguida. Fui a la brecha, y la crucé y anduve hasta la casa. Al llegar vi una gran luz de linternas y antorchas, y mucha gente bailando todos vestidos de etiqueta; de modo que había una fiesta, a saber por qué motivo. Un súbito terror me invadió al pensamiento de que pudiera ser el baile nupcial de la boda de Lady Mirdath; pero no, qué locura, de haber habido boda, lo

habría sabido. Y entonces recordé que era el día en que ella cumplía veintiún años y se emancipaba; éste tenía que ser el motivo de la fiesta.

Bonita fiesta, lástima de mi pena; porque la concurrencia era alegre y afable, las luminarias llenaban todo el espacio hasta el bosque. Una gran mesa desplegabá comida, plata y cristal, con grandes lámparas de bronce, y plata en un extremo y el baile ininterrumpido en el otro.

Allí estaba, Lady Mirdath dejaba el baile, primorosamente vestida, aunque, a mis ojos, algo pálida a la luz de aquellas lámparas. Buscaba un asiento para descansar; y el caso es que en un instante, una docena de jóvenes de las mejores familias de la Comarca estuvieron pendientes de ella charlando y riendo, todos esperando su favor, y ella tan preciosa en mitad de todos, pero según yo pensaba le faltaba algo, estaba un poco pálida, ya lo he dicho; su mirada se dirigía a veces a lo lejos, más allá del grupo que la rodeaba; lo que me dio a entender que su amante no estaba allí, y ella sentía un vacío en el alma. Pero en modo alguno podía imaginar el motivo, a no ser que estuviese ocupado por asuntos de los tribunales.

Imaginad que cuando miraba el corro que rodeaba a Mirdath me abrasaban unos celos rabiosos y miserables; a punto estaba de dirigirme a donde ellos, y arrebatarla de su compañía, y caminar con ella por los bosques, como en los buenos tiempos, cuando ella también parecía cercana a enamorarse de mí. Pero ¿para qué? Si no eran ellos los que tenían su corazón cautivo me daba cuenta, porque la miraba y ella tenía el aire desprendido y solitario, y yo sabía que había un pequeño magistrado que era su amante, ya lo he explicado.

Me alejé una vez más, y no volví a aquellos parajes hasta tres meses más tarde, porque el dolor de mi pérdida era inaguantable; pero al cabo de ese tiempo, mi mismo mal me

acució a ir, era más doloroso aún no ir; de nuevo me planté en la brecha del seto y miré con avidez y emoción el prado que hay antes del bosque; aquello era Tierra Santa para mí; pues allí había conocido a Mirdath la Bella, y aquella noche había perdido mi corazón.

Aguardaba muy quedo y vigilaba; pero el corazón latía con fuerza; oí un maravilloso y suave canto entre los árboles, un canto profundamente triste. ¡Ahí! Era Mirdath que cantaba una canción de amor, entrecortada, paseando solitaria por el bosque, sola con sus perros.

Escuché, en vilo, con insólito dolor, que estuviese tan dolorida ella. Me atormentaba no poder sosegarla; pero no me movía, permanecí quieto en la brecha; pero todo mi ser estaba revuelto.

Estaba escuchando y vi que una tenue figura blanca salía de los árboles; aquella figura gritó algo, y se detuvo un momento según entreveía yo, en la penumbra de aquella hora. ¡Oh! Me vino de repente una irracional esperanza, y salí de la brecha, y fui hacia Mirdath un instante, llamándola en voz baja, apasionadamente, apremiando. «¡Mirdath, Mirdath, Mirdath!»

Me lancé así hacia ella; y el perrazo que estaba conmigo saltó junto a mí pensando que sería algún juego. Cuando llegué donde ella, tendí mis brazos, sin saber qué hacía; sólo mandaba mi corazón, que tanto la necesitaba, y que se rompía de no poder aliviar la pena de ella. ¡Oooh! Ella tendió los brazos hacia mí y vino a mis brazos corriendo. Pero se detuvo un momento sollozando extrañamente, aunque con dominio de sí; como también se apoderó de mí una maravillosa serenidad.

Y de repente se echó a mis brazos y deslizó sus manos hasta mí, muy cariñosas, y me ofreció sus labios como un dulce niño, para que la besara, pero en realidad era también una auténtica mujer, y su amor por mí era sincero y hondo.

Así nos prometimos; con esa sencillez, sin palabras; pero bastaba, de no ser porque en el Amor nunca hay bastante.

Luego se soltó de mis brazos, y anduvimos hacia la casa por el bosque, muy quedos, enlazadas las manos, como niños. Al rato le pregunté por el magistrado; y se rió muy dulcemente en el silencio de la espesura, pero no respondió más que para decirme que aguardase a llegar a la Sala.

Y cuando llegamos me introdujo en el gran recibidor, y me presentó a otra mujer, que estaba allí sentada bordando, lo que hizo muy sobriamente y con un destello de malicia en la mirada.

A todo eso, Lady Mirdath no podía detener una inoportuna risa, que la hacía jadear divinamente, la bamboleaba y hacía retemblar en su garganta sonidos encantadores; a todo eso sacó dos pistolas de una panoplia para que la bordadora y yo nos batiésemos a muerte; la bordadora no despegaba el rostro del paño bordado y se estremecía con una risa tan insolente como incontenible.

Al fin, la dama del bordado levantó la vista, y me miró de frente; entonces vi al momento a qué venía la risa y la malicia; tenía la misma cara que el hombre trajeado, el magistrado que había sido amante de Mirdath.

Lady Mirdath procedió a explicarme que la tal Mistress Alisos, que así se llamaba, era una amiga íntima suya que se había disfrazado de magistrado por una apuesta con cierto joven que la quería, y podía quererla. Y entonces pasé yo, y se produjo el incidente tan rápido que en realidad nunca llegué a ver bien su cara, porque yo estaba perdido de celos. Con lo que Lady Mirdath había tenido más motivos de los que yo suponía para enfadarse, porque yo había puesto las manos encima de su amiga, en la forma que conté antes.

Y eso era todo; mejor dicho, hay que añadir que entonces idearon un plan para castigarme, y se juntaron cada tarde donde la brecha, para hacer de enamorados por si yo pasa-

ba, de modo que tuviese más motivos para estar celoso, y sin duda se vengaron sobradamente, porque sufrí tantísimo tiempo por causa de esto.

Con todo, recordaréis que cuando llegué donde estaba Lady Mirdath tuvo un asomo de arrepentimiento, cosa muy natural, porque ya entonces ella ya estaba tan enamorada de mí como yo de ella; y por eso se apartó de la otra, como recordaréis, porque de repente, lo confesó, se sintió hondamente turbada y me deseó; pero luego se reafirmó en quererme castigar, al ver la sequedad con que yo saludaba y me iba. Cosa cierta.

Y ahora todo había terminado y yo me deshacía de gratitud, y tenía el corazón lleno de gozo, o sea que así a Mirdath e iniciamos lentamente una danza por la gran estancia, mientras Mistress Alison nos tarareaba una melodía con muy buen hacer.

Tras esta alegría Mirdath y yo, cada día y todo el día estábamos sin poder separarnos; teníamos que pasear siempre juntos acá y allá, saboreando la interminable dicha de estar juntos.

Estábamos gozosamente unidos en mil cosas, porque los dos teníamos esa naturaleza que ama el azul de la eternidad que se concentra más allá de las alas del ocaso, y el invisible sonido de la luz que las estrellas derraman sobre el mundo; y la calma de las tardes grises cuando las Torres del Sueño se elevan en el misterio de la Oscuridad; y el verde solemne de los pastos extraños a la luz de la luna; y el hablar del sicomoro a la encina; y el andar lento del mar cuando es conciencia; y el suave bullicio de las nubes nocturnas. Y de modo semejante teníamos ojos para ver al Bailarín del Ocaso, que fulmina un trueno contra el Rostro del Alba; y muchas más cosas que nosotros sabíamos y veíamos y entendíamos juntos en una inmensa alegría compartida.

En esta época nos ocurrió cierta aventura que por poco

causa la muerte de Mirdath la Bella. Fue un día, mientras paseábamos como dos niños, apaciblemente radiantes, y le hice saber a Mirdath que sólo nos acompañaban dos de sus tres mastines; me dijo que el tercero estaba en la caseta enfermo.

Apenas me lo había dicho cuando gritó algo y señaló con la mano. ¡Ea! Estaba allí el tercero, venía corriendo, aunque había algo extraño en su forma de correr. De repente Mirdath gritó que estaba rabioso, era cierto, vi que babeaba mientras corría.

En un instante estuvo donde nosotros, sin decir nada; pero se abalanzó raudo contra mí; todo ocurrió antes de que tuviese yo idea de lo que intentaba. Pero hay que decir que Mi Bienamada mujer me quería terriblemente, porque se dirigió al perro para salvarme a mí, mientras llamaba a los otros dos. La mala bestia la golpeó al momento, en el momento en que ella lo apartaba de mí. Pero yo le cogí al instante por el cuello y por el cuerpo, y lo quebré, murió instantáneamente; lo dejé en tierra para socorrer a Mirdath, chupándole el veneno de las heridas.

Lo hice tan bien como supe, a pesar de que ella quería impedírmelo. Y luego la cogí en brazos y corrí como un loco por todo el largo trecho que nos separaba de la Sala, donde quemé las heridas con los hierros de la chimenea; de modo que cuando llegó el doctor, dijo que la había salvado con mis cuidados. Pero en realidad, era ella la que de todos modos me había salvado a mí, como podéis ver; nunca podré rendirle homenaje suficiente por ello.

Estaba muy pálida; pero se reía de mis temores, y decía que pronto estaría completamente sana, y que las heridas cerrarían con rapidez; pero en la práctica pasó mucho tiempo, y muy amargo, hasta que estuvieron bien cerradas y hasta que ella se encontró perfectamente. Pera al cabo así fue, y me quitó un gran peso de encima.

Cuando Mirdath estuvo completamente bien, fijamos fecha para la boda. Recuerdo perfectamente cómo estaba allí aquel día, con su vestido de novia, tan esbelta y amorosa como pudo estar el Amor en el Alba de la Vida; y la belleza de sus ojos tenía tal dulzura, a pesar de la querida malicia de su naturaleza; y el andar de sus piecillos, y la galanura del pelo; y la gracia de sus movimientos, su boca seductora como si una niña y una mujer sonriesen a la vez en una sola tara. Y eso no era más que un indicio de lo que merecía ser amada Mi Bienamada mujer.

Y nos casamos.

Mirdath, Mi Bienamada, estaba muriéndose, y yo no tenía poder para hacer retroceder a la Muerte de aquel terrible intento. En otra habitación oía el lloriqueo del niño, y el llanto del niño hizo volver a mi mujer a esta vida, y sus manos se agitaban blancas y desesperadas sobre el dobladillo de la sábana.

Yo estaba arrodillado junto a Mi Bella, y alargué el brazo hasta tomar suavemente sus manos con las mías; pero seguían retemblando tan ansiosas; y me miró, muda, pero con ojos suplicantes.

Salí entonces de la habitación y llamé en voz baja a la Niñera; y ella trajo al niño, envuelto delicadamente en un largo vestido blanco. Vi que los ojos de Mi Bienamada cobraban de repente un brillo extraño y cálido. Indiqué a la Niñera que aproximase al niño.

Mi mujer movía las manos sin fuerza por encima de las sábanas y yo sabía que ansiaba poder tocar a la criatura; hice seña a la Niñera y cogí al niño en mis brazos; la Niñera salió de la habitación; y nos quedamos los tres juntos.

Entonces me senté con cuidado al borde de la cama, y sostuve a mi niño cerca de Mi Bienamada, para que la pequeña mejilla del niño tocase la blanca mejilla de mi agonizante esposa; pero evitando que el peso de la criatura cargase sobre ella.

Entonces me di cuenta de que Mirdath, Mi Esposa, se esforzaba sin decir nada por llegar a las manos del crío; incliné el niño más hacia ella, y deslicé las manos del chiquillo en las débiles manos de Mi Bienamada. Y sostuve el niño sobre mi esposa con cuidado extremo; para que los ojos de mi agonizante Bienamada mirasen los ojos jóvenes del niño. Luego, en pocos momentos, aunque en cierto modo era una eternidad, Mi Bella cerró los ojos y descansó muy tranquila. Le entregué el niño a la Niñera, que estaba al otro lado de la puerta. Cerré la puerta y volví donde estaba la Mía, para pasar esos últimos instantes los dos solos.

Entonces las manos de mi esposa quedaron muy calmas y blancas; pero luego empezaron a moverse suavemente, débilmente, buscando algo; y le tendí mis grandes manos y cogí las suyas con gran cuidado; y así pasó algo de tiempo.

Luego, se abrieron sus ojos, tranquilos y grises, con un destello significativo; dio la vuelta a la cabeza sobre la almohada para verme; y el dolor de la ausencia desapareció de sus ojos, y me miró con una mirada que fue ganando fuerza hasta cobrar dulzura, ternura y plena comprensión.

Me incliné levemente hacia ella; y sus ojos me dijeron que la tomase en mis brazos para aquellos últimos minutos. Me eché suavemente en la cama y la cogí con el mayor de los cuidados, hasta que ella de repente descansó por completo sobre mi pecho; el Amor me dio habilidad para cogerla, y el Amor le dio a Mi Bienamada una dulzura y facilidad sin cuento, para el momento que nos quedaba.

Así estuvimos juntos la pareja; y el Amor parecía haber hecho una tregua en el aire, con la Muerte, por nosotros, para que nada nos estorbase; porque penetró una bocanada de calma incluso para mi tenso corazón, que no había sentido nada más que dolor insoportable durante aquellas horas grávidas.

Susurré a su oído que la amaba, y sus ojos respondieron, y

aquellos momentos extrañamente bellos y terribles pasaron hasta el silencio de la eternidad.

De repente, Mirdath, Mi Bienamada, habló... susurrando algo. Y me detuve atento a escuchar; Mi Bienamada habló de nuevo, ¡oh! Para llamarme por el viejo nombre del Amor, que había sido el mío durante todos aquellos meses divinos que estuvimos juntos.

Empecé a decirle de nuevo cómo la quería, que mi amor iba más allá de la muerte; y, ¡oh!, en aquel momento, en un instante, la luz se fue de sus ojos; y Mi Bienamada yacía muerta en mis brazos... Mi Bienamada...